

Babilonia

Yasmina Reza

Babilonia

Traducción de Javier Albiñana



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Título de la edición original:
Babylone
Flammarion
París, 2016

Ilustración: «The Dinner Party», © Sam Walsh. Cortesía
del Museo Nacional de Liverpool

Primera edición: marzo 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Javier Albiñana, 2017

© Yasmina Reza, Flammarion, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7978-0

Depósito Legal: B. 3307-2017

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A Didier Martiny

El mundo no está bien organizado, es un
desbarajuste. No intento ponerlo en orden.

GARRY WINOGRAND

Está pegado a la pared, en la calle. De pie con traje y corbata. Tiene orejas de soplillo, la mirada asustada, el pelo corto y blanco. Está flaco, los hombros estrechos. Sostiene bien visible una revista donde puede leerse la palabra *Awake*. El pie de foto reza Jehovah's Witness, Los Ángeles. La foto es de mil novecientos cincuenta y cinco. Parecía un chiquillo. Murió hace tiempo. Vestía con decoro para repartir sus folletos religiosos. Estaba solo, penetrado de una perseverancia triste y torva. A sus pies se adivina una cartera (se ve el asa), con decenas de folletos impresos que nadie o casi nadie le cogerá. Son también esos boletines impresos en un número irrazonable los que recuerdan la muerte. Esos arrebatos de optimismo –demasiadas copas, demasiadas sillas...– que nos hacen multiplicar las cosas para volverlas de inmediato inútiles. Las cosas y nuestros esfuerzos. La pared ante la que se halla es gigantesca. Se adivina por su opacidad recia, por el volumen de la piedra tallada previamente. Debe

de seguir allí, en Los Ángeles. El resto se difumina en algún lugar: el hombrecillo con un traje holgado y orejas picudas que se había colocado delante de él para repartir una revista religiosa, su camisa blanca y su corbata oscura, su pantalón raído en las rodillas, su cartera, sus ejemplares. ¿Qué importa lo que somos, lo que pensamos, lo que será de nosotros? Estamos en algún lugar del paisaje hasta el día en que dejamos de estar en él. Ayer llovía. He vuelto a abrir *Los americanos* de Robert Frank. Andaba perdido por la biblioteca, arrinconado en un estante. He vuelto a abrir el libro, que no abría desde hacía cuarenta años. Recuerdo al tipo que vendía una revista, de pie en una calle. La foto es más granulosa, más pálida de lo que esperaba. Quería volver a ver *Los americanos*, el libro más triste del mundo. Muertos, surtidores de gasolina, gente sola con sombreros de cowboy. Al volver las páginas se ven desfilan las máquinas de discos, los televisores, los objetos de la nueva prosperidad. Se muestran tan solitarios como el hombre esos recién llegados sobredimensionados, demasiado pesados, demasiado luminosos, colocados en espacios no preparados. Un buen día, se los llevan. Se darán otra vueltecilla, tambaleándose hasta el desguace. Estamos en algún lugar del paisaje hasta el día en que dejamos de estar en él. Me ha venido a la mente el Scopitone del puerto de Dieppe. Salíamos, en el Dos Caballos, a la tres de la mañana para ir a ver el mar. Yo no tendría más de diecisiete años y estaba

enamorada de Joseph Denner. Íbamos siete en el coche, que rozaba el suelo con el culo. Yo era la única chica. Conducía Denner. Íbamos a todo gas hacia Dieppe bebiendo cerveza Valstar roja. Llegábamos a las seis al puerto, entrábamos en la primera taberna y pedíamos Picon con cerveza. Había un Scopitone. Nos desternillábamos mirando a los cantantes. Una vez Denner puso *Le Boucher* de Fernand Raynaud y llorábamos de risa por el sketch y por el Picon. Luego volvíamos a casa. Éramos jóvenes. No sabíamos que era irreversible. Ahora tengo sesenta y dos años. No podría decir que he sabido ser feliz en la vida, no podría puntuarme con un siete a la hora de mi muerte, como ese colega de Pierre que dijo bueno, pongamos un siete, yo diría más bien un seis, porque me daría menos la impresión de ser ingrata o de herir a alguien, diría un seis haciendo trampa. ¿Cambiaré eso algo cuando esté bajo tierra? A todo el mundo le importará un pito el que haya sabido o no ser feliz en la vida, y a mí también me traerá importará un pito.

El día que cumplí sesenta años, Jean-Lino Manoscrivi me invitó a las carreras de Auteuil. Nos encontrábamos en las escaleras, los dos subíamos andando, yo para conservar un tipo pasable, él por su fobia a los sitios cerrados. Era flaco, no muy alto, el rostro picado, una larga frente que se extendía hacia atrás y un mechón peinado hacia un lado con la fa-

mosa cortinilla de los calvos. Llevaba gafas de montura gruesa que lo envejecían. Él vivía en el quinto, yo en el cuarto. Nos creaban cierta complicidad esos encuentros en la escalera que nadie usaba. En algunos edificios modernos, la escalera es independiente y fea, y sólo sirve para las mudanzas. De hecho, los inquilinos la denominan escalera de servicio. Durante un tiempo, no nos conocimos del todo, yo sabía que él trabajaba en el ramo de los electrodomésticos. Él sabía que yo trabajaba en el Institut Pasteur. El nombre de mi profesión, ingeniera de patentes, no le dice nada a nadie, y ya no intento explicarlo de manera atractiva. En una ocasión, Pierre y yo tomamos una copa entre parejas en casa de ellos. Su mujer era una especie de terapeuta new age después de haber regentado una zapatería. Llevaban poco tiempo casados, quiero decir en comparación con nosotros. Al cruzarme con Jean-Lino en nuestra escalera la víspera de mi cumpleaños, le había dicho, mañana cumplo sesenta años. Me demoraba un poco y me salió así. ¿Usted no ha cumplido aún sesenta años, Jean-Lino? Contestó que en breve. Yo veía que intentaba decirme algo amable pero no se atrevía. Al llegar a mi rellano, añadí, para mí se ha acabado ya todo, me retiro. Me preguntó si ya había ido a las carreras. Le dije que no. Balbuceando, me propuso que, si estaba libre, nos viéramos al día siguiente en Auteuil a la hora de comer. Cuando llegué al hipódromo, me lo encontré sentado en el restaurante, pegado a los

cristales desde los que se domina el paddock. En la mesa, una botella de champán en un cubo, las revistas de turf esparcidas, cubiertas de anotaciones, cacahuetes desperdigados mezclados con boletos caducados. Me esperaba con el aspecto de quien recibe distendido a alguien en su club, en total contraste con lo que yo sabía de él. Nos zampamos no sé qué cosa grasienta que él había pedido. Se exaltaba en cada carrera, levantándose, rugiendo, tenedor en ristre, arrastrando fragmentos de puerro oscilantes. Cada cinco minutos salía a fumar medio pitillo y regresaba con nuevas ideas. Nunca lo había visto con semejante cantidad de energía y menos aún de alegría. La gente apostaba sumas insignificantes a caballos de potencial desconocido. Él los *sentía*, tenía sus íntimas convicciones. Ganó algo, tal vez el precio del champán (dimos cuenta de toda la botella, sobre todo él). Yo me embolsé tres euros. Me dije, tres euros el día de tu sesenta cumpleaños, bueno. Comprendí que Jean-Lino Manoscrivi estaba solo. Un tipo a lo Robert Frank pero actual. Con su Bic, su periódico y sobre todo su sombrero. Se había creado un ritual, había aislado en el tiempo un espacio que lo subyugaba. En las carreras se crecía, incluso la voz le cambiaba.

Recordé el día que mi padre cumplió los sesenta años. Nos habíamos comido un chucrut en la República. Era la edad que tenían los padres. Una edad inmensa y abstracta. Ahora eres tú quien la tienes.

¿Cómo es posible? Una chica hace las mil y una, se pasea por la vida con la cabeza bien alta y pintarrajeada y de repente le da por tener sesenta años. Yo salía a hacer fotos con Joseph Denner. Le gustaba la fotografía y a mí me gustaba todo cuanto le gustaba a él. Me fumaba las clases de biología. Por aquellos años no nos daba miedo el futuro. Un tío mío me había regalado una Konika de ocasión, quedaba profesional porque me había agenciado una correa Nikon. Él tenía una Olympus que no era réflex, calculábamos la distancia con un telémetro incorporado. El juego consistía en tomar el mismo motivo, el mismo momento, el mismo lugar, y crear cada uno nuestra imagen. Retratábamos la calle como los grandes a quienes admirábamos, los paseantes y los animales del Jardin des Plantes junto a la uni, pero sobre todo el interior de los baretos del puente Cardinet que tanto atraían a Denner. Los tipos solitarios, los parroquianos momificados en los reservados de atrás. Sacábamos las copias por contacto en casa de un amigo. Comparábamos y elegíamos la buena para ser ampliada. ¿Cuál era la buena? ¿La mejor encuadrada? ¿La que revelaba una interacción ínfima e insondable? ¿Quién puede responder? Pienso regularmente en Joseph Denner. A veces me pregunto en qué se habría convertido. Pero ¿en qué podría haberse convertido un tipo que muere de cirrosis hepática a los treinta y seis años? Desde los acontecimientos, parece que se haya vuelto a invitar a mi cabeza. Le

hubiera hecho mucha gracia esta pequeña historia. *Los americanos* me devolvió imágenes de mi juventud. Soñábamos y no hacíamos nada. Mirábamos pasar a la gente, describíamos su vida y a qué objeto se asemejaban, un mazo, un apósito... Nos reíamos. Bajo la risa, sentíamos un tedio un tanto amargo. Me hubiera gustado volver a ver aquellas fotos del puente Cardinet. Debimos de tirarlas un día junto con papeles viejos. Después del cumpleaños en Auteuil, le tomé cariño a Jean-Lino Manoscivi. Salíamos del edificio para dar un paseo fuera y tomábamos café a la vuelta de la esquina si se presentaba la ocasión. Fuera él podía fumar, en su casa no. Me parecía el más dulce de los hombres, y así sigo viéndolo. Nunca hubo familiaridad entre nosotros y siempre nos tratamos de usted. Pero hablábamos, a veces nos contábamos cosas que no contábamos a nadie. Sobre todo él. Pero podía pasarme a mí. Habíamos descubierto que sentíamos la misma aversión por nuestra infancia, el mismo deseo de borrarla con un tachón negro. Un día, evocando su paso por la vida, había dicho, de todas formas lo más duro ya ha pasado. Yo estaba de acuerdo. Jean-Lino era nieto de inmigrantes judíos italianos por línea paterna. Su padre había empezado a trabajar de chico de los recados en un taller de pasamanería. Luego se especializó en las cintas, hasta que abrió una mercería en los años sesenta. Un local largo y estrecho en la avenue Parmentier. Su madre llevaba la caja. Vivían al fondo de un

patio a dos pasos de la tienda. Los padres trabajaban duro y no eran cariñosos. Jean-Lino no se extendía al respecto. Tenía un hermano mucho mayor que él, que había triunfado en la confección. Él iba a la deriva. Su madre lo había echado de casa. Había empezado como cocinero tras hacer un cursillo de pastelería. En el momento más optimista de su vida, se había abocado a la restauración. Era duro, cero vacaciones e ingresos insuficientes. Al final, el servicio de ocupación le había financiado una formación en la gran distribución y una asociación intermedia lo había colocado en Guli, donde se encargaba de la posventa de electrodomésticos. No había tenido hijos. Era el único reproche que osaba hacer a los poderes que habían gobernado su existencia. Su primera mujer lo había abandonado tras el fracaso del restaurante. Cuando conoció a Lydie, ésta era ya abuela por una hija nacida de un matrimonio anterior. Desde hacía dos años, el chiquillo acudía regularmente a casa de la pareja. La separación de los padres había sido sumamente abrupta, hasta tal punto que intervinieron los servicios sociales, que le endosaban el niño a la abuela Lydie a la menor ocasión. Movidio por una ternura que no había tenido ocasión de manifestar (salvo con su gato), Jean-Lino había acogido a aquel Rémi con los brazos abiertos e intentaba hacerse querer. ¿Hace uno bien deseando hacerse querer? ¿No es una de esas tentativas siempre calamitosas?

Los primeros momentos fueron caóticos. El niño, que contaba cinco años cuando llegó, había vivido anteriormente en el sur, se obstinaba en no hacer caso a Jean-Lino y lloraba en cuanto desaparecía Lydie. Era un niño corriente, un poco regordete, que tenía una bonita sonrisa con hoyuelos. Las dificultades de amansamiento se agravaron con Eduardo, el gato de Jean-Lino, un animal antipático recogido en una calle de Vicenza y al que sólo podían dirigirse en italiano. Lydie había sabido ganarse a Eduardo. Sostenía su péndulo ante el gato y éste seguía el balanceo del cuarzo rosa, magnetizado (la piedra se le había *presentado* a ella en algún lugar de Brasil). En cambio, Eduardo le había cogido manía a Rémi. Se hacía el doble de grande cuando aparecía el niño, y bufaba de modo inquietante. Jean-Lino había intentado razonar con el gato sin que nadie a su alrededor le echara una mano. Lydie había solucionado el asunto encerrando a Eduardo en el cuarto de baño. Rémi lo chinchaba imitando su maullido a través de la puerta. Jean-Lino intentaba impedirselo pero carecía de autoridad. Cuando tenía vía libre, acudía discretamente a levantar la moral al animal a través del resquicio susurrándole suavemente en italiano. Rémi se había negado a llamar a Jean-Lino *abuelo Jean-Lino*. Aunque tampoco puede decirse que el niño se hubiera negado. Sencillamente no lo había llamado nunca abuelo Jean-Lino pese a los incesantes *El abuelo Jean-*

Lino va a leerte un cuento o si te acabas el pescado el abuelo Jean-Lino te comprará no sé qué de Jean Lino. Rémi había desdeñado al abuelo Jean-Lino, que le importaba un pepino. Cuando había necesitado nombrarlo lo había llamado Jean-Lino, quien se había sentido estúpidamente afectado por ese nombre a secas, pronunciado sin el menor tono familiar. Más adelante, cambiando de estrategia, se le metió en la cabeza seducir al niño a través de la risa. Le enseñaba a decir bobadas del tipo *cogolobrogo*, *cugulubrugu* para llegar a *cagalabraga*. A Rémi le encantaba. Se había saltado enseguida las primeras etapas y no cesaba de repetir *cagalabraga*, adoptando voces disparatadas o canturreando, o bien se lo soltaba directamente a Jean-Lino a ser posible fuera de casa y a voz en grito. Yo misma serví de espectadora de ese sainete en el vestíbulo del edificio. Fingiendo reírse, Jean-Lino había dicho, cuando se repite demasiadas veces un juego de palabras deja de ser gracioso, sabes. Ya no sabía cómo detener el proceso. Cuanto más intentaba razonar con él, más repetía el niño la frase. En vez de decir está bien o no está bien, el pequeño decía está *teta* o no está *teta* (¿otra enseñanza de Jean-Lino?), de manera que podía contestar *¡no está tetá cagalabraga!* Lydie no ayudaba demasiado, atrincherada en la teoría de que se recoge lo que se siembra. Cuando advertía cierto desánimo en Jean-Lino, se limitaba a decir, pero deja en paz de una vez al crío. La última palabra pronunciada con tono de desolación. No se